

LECCIÓN XI

LA VOLUNTAD, LA LIBERTAD Y LAS COSTUMBRES.

El conocimiento y la voluntad del bien. — Definición de la voluntad. — La voluntad en el niño. — Diferencia de la voluntad y del deseo. — Diferencia de la voluntad y de la idea. — Relaciones de la voluntad con la sensibilidad. — Relaciones de la voluntad con la inteligencia. — La voluntad y la libertad. — Cultivo de la voluntad. — Sentimiento práctico de la libertad. — Educación de la libertad. — No hay actos indiferentes. — La voluntad y las costumbres. — Necesidad de las costumbres. — Cómo se forman las costumbres. — Cómo se corrigen las malas costumbres. — La voluntad y la educación pública ó privada. — La educación personal. — Dificultad de la educación de la voluntad. — La buena voluntad. — Importancia de la voluntad en la vida.

El conocimiento y la voluntad del bien. — Quanto más se esclarece la inteligencia, más se desarrolla la conciencia moral. Basta echar una ojeada á las costumbres antiguas y á las modernas para juzgar los progresos que poco á poco han hecho los hombres en el conocimiento de sus deberes. Con frecuencia se hace el mal por ignorancia del bien. Además el conocimiento del bien implica cierta fuerza de determinación hacia él. Saber claramente dónde está el deber es ya una condición esencial para cumplirle. Conven-gamos, sin embargo, en que ese conocimiento no basta y en que hace falta que se le añadan la voluntad y la energía moral. Hay muchos hombres capaces de disertar maravillosamente sobre todos los matices del deber y que no pueden hacerse virtuosos porque no aman lo que conocen. La razón juzga lo que hay que

hacer, pero la voluntad solamente nos resuelve á hacerlo. La educación de la voluntad es, pues, una parte esencial de la educación moral.

Definición de la voluntad. — En el siglo XVIII la palabra voluntad se empleaba á veces para designar todas las potencias del alma distintas de la inteligencia, tales como las inclinaciones, las tendencias, los deseos. Condillac decía que « la voluntad comprende todas las operaciones que nacen de la voluntad ». En la psicología contemporánea la palabra voluntad está mejor definida y esta expresión del poder de hacer lo que se quiere, designa propiamente el que tiene el alma de determinarse espontáneamente con conciencia y reflexión á una acción por ella elegida.

La voluntad en el niño. — La voluntad así comprendida es, como la razón, propia del hombre y sólo él, en el pleno ejercicio de sus facultades, es capaz de querer. El animal y el niño se determinan ciertamente por sí mismos y por un abuso del lenguaje se llama voluntad al principio de sus determinaciones. El niño es voluntarioso, pero no tiene voluntad. En él, como en el animal, la acción, por espontánea que sea, no es dueña de sí misma. Provocada por el deseo ciego, por la necesidad irresistible, no es más que una pálida imagen de la verdadera voluntad humana que reflexiona, que calcula, que sabe á dónde va y que se gobierna á sí misma.

Diferencia de la voluntad y del deseo. — La voluntad es diferente del deseo. No es posible admitir, con ciertos filósofos, que la voluntad no es más que un deseo ardiente y fuerte, ni que la atención no sea otra cosa que una sensación dominante. La voluntad, así comprendida, no nos libraría de nuestras inclinaciones ni de nuestras pasiones, ni sería más que la consumación del deseo; entraría en la categoría de las disposiciones pasivas y fatales y no sería el principio de la libertad.

El deseo no es más que la sollicitación de un objeto

agradable que al procurarnos placer nos determina á buscarle. La voluntad, por el contrario, es la resolución que adoptamos por nosotros mismos de realizar un acto, sea ó no agradable.

Hay casos en que el deseo y la voluntad están de acuerdo y en que queremos lo mismo que deseamos ; pero aun entonces nuestra conciencia distingue claramente la atracción que la cosa deseada ejerce sobre la sensibilidad y el poder que tenemos de ceder ó no á esa atracción.

Otras veces la voluntad está en contradicción con el deseo y entonces es cuando la distinción entre ambos hechos es más clara y brillante. La pereza me atrae y me agrada, por ejemplo ; los placeres del *dolce far niente* halagan mi imaginación ; todas las disposiciones de mi cuerpo me inducen á la indolencia y, sin embargo, sostenido por la idea del interés ó del deber, resisto esos impulsos ; quiero trabajar y me pongo al trabajo. En ese caso y en otros análogos, ¿ cómo confundir el deseo con la voluntad, la corriente con la fuerza que la remonta ?

En otros casos, por último, el deseo funciona solo y arrastra con su violencia al alma, que no tiene tiempo para reflexionar ni fuerza para querer ; pero en este caso la acción no es ya voluntaria, así como el espíritu no está verdaderamente atento cuando está dominado y absorbido por una sensación. La fijeza del pensamiento que se deja cautivar ó inmovilizar por una fuerte impresión es á la atención, como las sollicitaciones del deseo son á la voluntad, y así como la atención traslada á su gusto el pensamiento, le adhiere al objeto que ha escogido ó le aparta de él cuando así le agrada, la voluntad conserva, detiene ó continúa la acción que ha resuelto.

Diferencia de la voluntad y de la idea. — Se dirá, acaso, que si la voluntad se distingue del deseo y de la sensibilidad, es precisamente porque se confunde con la inteligencia. En efecto, los únicos motivos que

pueden contrarrestar el atractivo del deseo y asegurar el triunfo de la voluntad, son los que proceden de nuestra previsión y de nuestra razón. Pero el hecho de que la voluntad se apoye, por decirlo así, en una idea, no es motivo para creer que la voluntad y esa idea son una misma cosa. ¿ No nos sucede á cada momento que tenemos una idea muy clara de alguna acción que hay que realizar y no la realizamos, sin embargo, porque no queremos ?

Relaciones de la voluntad con la sensibilidad.

— Una vez demostrado que la voluntad es una fuerza independiente, conviene apresurarse á añadir que esa independencia no es absoluta y que para querer no es inútil desear y es siempre necesario pensar.

No creamos, pues, que para preparar en el hombre el reinado de la voluntad es preciso destruir en el niño el imperio de los deseos. Los niños poco sensibles tienen grandes probabilidades de llegar á ser hombres poco enérgicos. Por el contrario, las inclinaciones vivas y ardientes, por poco que á ellas se una la reflexión, serán el origen de una fuerte voluntad (1).

Excitemos los deseos del niño al dirigirlos ; enseñémosle á amar más y más lo que debe amar, y sus deseos se transformarán en voluntades, iluminados por la inteligencia.

La voluntad, por otra parte, por muy enérgica que se la suponga, es casi siempre demasiado débil para sostener una lucha constante con las inclinaciones. Si así lo hiciera, pronto consumiría sus fuerzas. Es cierto que la voluntad no manifiesta todo su poder más que en el esfuerzo y en la lucha, pero, por fortuna, esa lucha no es siempre necesaria, y si bien hay voluntades laboriosas, heroicas, que triunfan de las pasiones con quienes combaten, las hay también fáciles y cómodas que no son más que la adhesión del alma á sus deseos legítimos. En realidad la mayor parte de nues-

(1) M. Sully hace observar con razón que el ejercicio mismo de la actividad física es una educación rudimentaria de la voluntad.

tras voluntades son de ese género y en el curso ordinario de una vida arreglada lo que se quiere es al mismo tiempo lo que se siente y lo que se desea.

La educación, pues, debe tender á asociar, á unir el deseo y la voluntad; á poner de acuerdo el placer y el deber. Todo lo que se haga para hacer prudentes las inclinaciones, aprovechará también á la voluntad y hará más fácil su ejercicio.

Relaciones de la voluntad con la inteligencia.

— Los filósofos del siglo diez y siete, y especialmente Bossuet, incluían la voluntad entre las operaciones intelectuales. Todo acto de la voluntad, en efecto, supone un acto de pensamiento. La voluntad podría ser definida un pensamiento que obra. No hay voluntad, ha dicho un filósofo, donde no hay razón de querer. Á medida que somos más reflexivos, que concebimos más claramente lo que tenemos que hacer y que comprendemos mejor por qué debemos hacerlo, somos más dueños de nosotros mismos, nos pertenecemos más y tenemos, en una palabra, más voluntad.

Acostumbremos al niño á reflexionar, á no apresurar sus resoluciones, á no ceder á la primer llamada de sus deseos y á pesar el pro y el contra antes de tomar una determinación, y aumentaremos así la fuerza de la voluntad, cuyo poder variable se modifica á proporción que nuestra energía intelectual aumenta ó disminuye.

La voluntad y la libertad. — Al sentar las diferencias y las relaciones de la voluntad con la sensibilidad y con la inteligencia, hemos definido sus caracteres esenciales, que son la reflexión y la libertad.

No hay más actos verdaderamente voluntarios que los que son deliberados y suponen una determinación reflexiva. El acto voluntario es libre precisamente porque procede, no de un instinto inconsiderado y fatal, sino de una decisión estudiada. La libertad real no es más que la facultad de elegir con reflexión y

conocimiento de causa entre varias acciones posibles la que preferimos porque la juzgamos mejor. Esta libertad no nos da sin duda el poder de romper bruscamente con nuestro pasado, de desligarnos de toda solidaridad con lo que ya hemos hecho, con nuestras inclinaciones y con las costumbres de nuestro espíritu; no crea actos absolutamente indeterminados é independientes de toda condición; no hace milagros, en una palabra. Pero, eso sí, nos liberta en la medida de lo posible; nos sustrae al impulso del momento, al imperio absoluto de la costumbre, al yugo de la pasión y á la tiranía de la moda y del ejemplo; y hace que nos gobernemos por nosotros con arreglo á razón, que es lo que nos hace ser libres.

Cultivo de la voluntad. — El cultivo de la voluntad es uno de los problemas más delicados de la educación. Para desarrollar y fortificar esa facultad, hay que respetar desde luego la espontaneidad del niño, germen de su independencia y de su libertad. Los padres que procuran demasiado « quebrantar la voluntad de sus hijos » preparan caracteres débiles y blandos, incapaces de conducirse por sí mismos.

« Es preciso, dice Kant, no quebrantar la voluntad de los niños, sino dirigirla de modo que sepa ceder á los obstáculos naturales (1). »

En este mismo pensamiento se inspiraba Rousseau cuando en los doce primeros años de la educación de Emilio, sometía la conducta del niño á la regla única de la necesidad.

« Que el niño, dice, sienta desde muy temprano sobre su altiva cabeza el duro yugo que la naturaleza impone al hombre, el pesado yugo de la necesidad, ante el cual todo ser debe inclinarse; que vea esa necesidad en las cosas y jamás en el capricho de los hombres (2). »

Es ir demasiado lejos, sin embargo, suprimir en la

(1) Kant, *Pédagogie*, p. 226.

(2) Emilio, 1. II.

primera educación los mandatos de los padres y de los maestros. Conviene, por el contrario, que la voluntad del niño sienta á su lado otras voluntades, pero á condición de que éstas estén bien ordenadas, de que sean terminantes é inflexibles y de que las órdenes por las cuales se manifiesten no vayan seguidas de vacilaciones y contraórdenes. Los caprichos de una voluntad inconstante, que se contradice, producen funestos efectos. Atraída en diversos sentidos, la voluntad del niño se hará también caprichosa y movable.

El niño no debe ser ni esclavo ni déspota. Es preciso que no se vea obligado á obedecer ciegamente órdenes arbitrarias, ni contrariado en todas sus tendencias, pero no se deben satisfacer, tampoco, todas sus voluntades.

« Los padres, dice Kant, se engañan ordinariamente al rehusar á sus hijos todo lo que piden. Es absurdo negarles sin razón lo que esperan de la bondad de sus padres.

« Pero, por otra parte, se echa á perder á los niños haciendo todo lo que quieren. Se les impide así, sin duda, que manifiesten mal humor, pero se les hace más violentos. »

Es preciso saber ceder y resistir á la vez, resistir, sobre todo. Complaciendo siempre los deseos del niño, adulando sus instintos, emancipamos, sin duda, su libertad, pero la descomponemos y, en cierto modo, la debilitamos. La voluntad, en efecto, supone el esfuerzo, el imperio sobre sí mismo. Resistiendo al niño, se le enseña á resistirse á sí mismo. Solamente llegará á ser capaz de obedecer á su propia razón si ha tomado la costumbre de obedecer á los demás.

Sentimiento práctico de la libertad. — Hay un gran interés práctico en pararnos con frecuencia á reflexionar de este modo : « Podríamos evitarnos esta falta. Podríamos adquirir más pronto tal cualidad. Tal cosa se podría hacer de otro modo y mejor. » Este es un medio seguro de aumentar nuestra fe en la efica-

cia de nuestros actos, de fortificar en nuestras almas lo que hay más precioso, que es el sentimiento práctico de nuestra libertad, y de desembarazarnos de la abrumadora idea de necesidad, de la cual decía Stuart Mill : « La idea de necesidad pesaba sobre mi existencia como un genio malo. »

Acostumbremos, por consiguiente, al niño á mirarse con frecuencia á sí mismo; á practicar en cierta medida esos *exámenes de conciencia* que recomendaban ya los filósofos de la antigüedad. El *calendario moral* de Franklin, para anotar todos los días las infracciones de sus deberes que había cometido, es una ingeniosa aplicación de la misma idea (1).

Educación de la libertad. — El hombre no lo es verdaderamente más que cuando á unos sentimientos vivos y elevados y á una clara inteligencia, une una voluntad firme y siempre pronta, pero esta cualidad es más rara de lo que se cree. Cuando no se trata más que de esa voluntad inferior que diciendo : « Quiero », no hace en realidad más que obedecer á la inclinación ó á la costumbre, es indudable que hacemos uso de la voluntad en todos los instantes de la vida. Pero si se reserva el nombre de voluntad para el acto deliberado y resuelto con reflexión; ¿ quién no ve que la conciencia humana se eleva raras veces á ese esfuerzo? Con mucha frecuencia obramos, si no sin motivo, pues esto es imposible, sin una razón reflexionada, y nuestras acciones no son entonces realmente voluntarias. Hay hombres que carecen casi absolutamente de voluntad, que no se pertenecen en modo alguno y que viven una vida pasiva, maquinal, esclavos de sus pasiones y juguete de las influencias externas. Hasta los que más reflexionan no lo hacen en el grado que debieran. Hay en nosotros tesoros de energía que no

(1) Sería preciso, en otros términos, hacer para el espíritu lo que el coronel Amorós hacía para el cuerpo. Daba á cada alumno lo que él llamaba la *hoja fisiológica*, en la que se anotaba el estado de cada órgano al empezar el curso de gimnástica y los progresos realizados después de cada mes de ejercicios.

sabemos explotar y tenemos ciertamente más fuerzas que voluntad.

No hay actos indiferentes. — Para asegurar á la libertad todo su poder hay que considerar que ninguno de nuestros actos es indiferente. Si cedemos una vez á una mala inclinación, prometiéndonos resistirla el día siguiente, cometemos una grave imprudencia, pues mañana, en efecto, no tendremos la misma fuerza para resistir. Todo acto realizado es un principio de costumbre y la costumbre coarta la voluntad. Por el solo hecho de haber obrado una vez en un sentido, estamos más dispuestos á obrar del mismo modo.

Vigilemos, pues, todos los actos del niño. No le pasemos ninguna falta con el pretexto de que se quedará aislada y habrá tiempo de corregirla cuando se renueve. En toda veleidad, por ligera que sea, hay un germen de voluntad y en toda acción un comienzo de costumbre.

La voluntad y las costumbres. — La voluntad del niño y la del hombre se manifiesta como es sabido bajo tres formas: el instinto, la voluntad y la costumbre. Se debe sustituir en lo posible la voluntad al instinto, es decir las resoluciones reflexivas á los impulsos ciegos; pero ¿se deben combatir las costumbres como se combaten los instintos? No, porque depende de nosotros que la costumbre no sea más que un modo cómodo de hacer sin esfuerzo lo que hemos hecho anteriormente con reflexión y voluntad. La costumbre consolida la obra de la libertad.

Se dice, no sin razón: « Dos obstáculos casi invencibles nos impiden ser dueños de nuestra voluntad: la inclinación y la costumbre. » Sería, sin embargo, un error grave y peligroso atribuir á esos dos enemigos de la voluntad un poder insuperable. La inclinación puede siempre ser ajustada á nuestros intereses y á nuestro deber y reprimida por un acto enérgico de la voluntad. La costumbre, en su comienzo sobre

todo, está enteramente bajo la dependencia de la voluntad, pues depende de nosotros impedir la repetición del acto que engendra la costumbre. Hasta cuando ésta es inveterada podemos llegar á vencerla, si no de una vez y por un solo esfuerzo de voluntad, al menos por una resistencia prolongada y por una táctica hábil.

Necesidad de las costumbres. — La educación no es, en gran parte, más que el arte de formar buenas costumbres. Por eso no se comprende que Rousseau haya dicho, con más gracia que buen sentido: « No hay que dejar tomar á Emilio ninguna costumbre, como no sea la de no tener ninguna. »

También Kant las condena porque « cuantas más costumbres tiene un hombre, menos libre é independiente es. »

El ideal de Rousseau y de Kant es una libertad siempre en ejercicio, siempre despierta, siempre en movimiento, que se manifieste de nuevo por un esfuerzo especial en todas las circunstancias de la vida, y la costumbre es una « obediencia » puesto que nos encadena al pasado (1). Pero ese ideal es irrealizable. No se puede pedir en cada instante de la vida el empleo de energía que supone todo ejercicio nuevo de la libertad. La debilidad humana es muy dichosa al poder apoyarse en buenas costumbres que la dispensen de constantes esfuerzos y que la hagan fácil, cómodo y casi instintivo el cumplimiento del deber. Así como el cuerpo no puede estar siempre en pie y despierto y es preciso que se acueste y duerma, la voluntad no puede estar siempre en actividad y necesita también reposar y dormir en las blandas y dulces acciones de la costumbre. Una vez que la voluntad ha depurado las inclinaciones y arreglado las costumbres, puede descansar en parte del gobierno del alma en el sentimiento y en la rutina.

(1) Véase Vinet, *l'Éducation, la famille et la société*.

como un general que, después de haber pacificado un país, envaina la espada, pero sin desarmarse completamente, pues las circunstancias imprevistas y los cambios de la vida pueden exigir á cada instante nuevos esfuerzos de voluntad.

Si se nos objeta que la costumbre disminuye el esfuerzo y por consecuencia el mérito, responderemos con M. Marion. « El mérito y el esfuerzo no son toda la moralidad. Es más seguro que un hombre obrará bien cuando no le cueste ningún trabajo (1). »

No pidamos á la voluntad una serie continua de esfuerzos. Las costumbres, por otra parte, por numerosas que sean, no suprimen la libertad, sobre todo si se hace de la libertad misma, ó sea de la deliberación reflexiva, una costumbre superior que domine á las demás.

Cómo se forman las costumbres. — La educación tiene, pues, necesidad de formar buenas costumbres de inteligencia, de sentimiento y de acción. ¿Cómo conseguirlo? ¿Cómo llegar á establecer esa segunda naturaleza que ha de constituir el carácter definitivo del hombre?

Á decir verdad, las costumbres se forman solas por la repetición de un mismo acto. Unas proceden de las inclinaciones y de los instintos; otras de actos reflexivos á los que ha colaborado la voluntad. La misión del educador es pues vigilar, ya los instintos, ya las primeras manifestaciones de la voluntad. Que ponga coto desde su origen á las malas tendencias; que contenga en su nacimiento las inclinaciones viciosas. El mal hay que cortarlo de raíz.

« La costumbre, dice Montaigne, empieza de un modo suave y humilde y establece en nosotros su autoridad poco á poco y como al descuido; pero nos descubre muy pronto su fisonomía tiránica y apenas nos es dado librarnos ya de su dominación. »

Oponiéndose á ellas por todos los medios que están á

(1) Curso de M. Marion, sobre *la Science de l'éducation*, resumido en la *Reforme universitaire*, 1º de abril de 1885.

su alcance y, si es necesario, por los castigos, el maestro impedirá que nazcan las malas costumbres. Para favorecer las buenas no tiene más que dejar hacer, y la costumbre se forma con el tiempo. Es casi imposible imponer de corrida costumbres nuevas que estén en contradicción con la naturaleza del niño. Si el acto que le ordenáis le repugna, esa acción realizada de mala gana no dejará tendencia alguna á reproducirse, que es la condición esencial de la formación de las costumbres. Si se trata de costumbres algo difíciles á las que no propende por sí mismo el niño, sepamos evitar las transiciones; tratemos de escoger el momento favorable en que cueste menos trabajo al discípulo la acción que se quiere transformar en costumbre. Contentémonos al principio con que la realice con indiferencia, para que la repita después con placer hasta formar la costumbre. Insinuemos, en una palabra, y no impongamos las costumbres.

Cómo se corrigen las malas costumbres. — Por mucha que sea la vigilancia del maestro, no se puede evitar que aparezca en el discípulo una mala costumbre por la influencia de las circunstancias exteriores. Por otra parte, cuando el niño entra en la escuela ha contraído ya ciertas disposiciones de inteligencia y de corazón. ¿Es posible corregir lo que una vez ha introducido la costumbre de vicioso en la actividad del niño?

No es fácil, seguramente, y habría que desesperar casi siempre del éxito si no hubiera otros medios de alcanzarle que combatir de frente la mala inclinación convertida en costumbre, sobre todo si se quisiera conseguirlo en seguida. Así como el tiempo ha contribuido á la formación de la costumbre, el tiempo también debe asegurar su desaparición. Tengamos paciencia, y satisfagámonos si conseguimos aplazar la renovación del acto malo. El imperio de la voluntad renacerá poco á poco y el niño se desembarazará gradualmente de su inclinación, sobre todo si hemos

sabido hacer nacer hábilmente costumbres diferentes que le impulsen hacia el lado opuesto.

La voluntad y la educación pública ó privada. — Á primera vista pudiera creerse que la educación privada es más favorable que la pública para el cultivo de la voluntad. En la escuela, en efecto, todo está arreglado de antemano, no hay iniciativa y todo guarda un nivel común. El niño no es nunca abandonado á sí mismo pues todas las horas del día tienen su ocupación determinada. En su casa, por el contrario, el niño es más libre, no está sometido á una regla tan inflexible, dispone de su tiempo y de su trabajo y tiene más iniciativa.

Sin embargo, bien miradas las cosas, se llega á convencerse de que la escuela es mejor que la casa paterna para adquirir energía. Con sus padres el niño se afemina y bajo su dirección, con frecuencia incierta y variable, no da bastante coherencia á sus acciones, flota al capricho de órdenes contradictorias ó de los propios gustos y no aprende á obedecer á una ley fija é inmutable. La verdadera voluntad es la obediencia libremente consentida á la ley moral y para que el niño se acostumbre á ella la mejor preparación es una reglamentación precisa. « La obediencia á la ley, dice un autor citado con frecuencia por Mme Necker de Saussure, somete la voluntad sin debilitarla, mientras que la obediencia á los hombres la hiere y la enerva. »

Mme Necker no vacila en reconocer que « la educación pública es decididamente preferible desde el punto de vista de la firmeza del carácter, del desarrollo de las virtudes masculinas y de la energía. »

« En la familia el discípulo se sustrae difícilmente á la pereza. En una familia pacífica no hay que desplegar ninguna energía. Los débiles son protegidos y nadie tiene necesidad de defenderse ni de defender á los demás, condición muy dichosa, sin duda, pero con la cual no se adquiere la fuerza de alma. En el colegio no suceden así las cosas. El joven aprende á conocer

sus derechos y los de los demás; se acostumbra á resistir á las solicitudes y á las amenazas cuando cree tener de su parte la equidad y adquiere el hábito de saber conducirse, el arte de ponerse en equilibrio con sus iguales y de saber cuándo es preciso imponerse por la firmeza ó hacerse amar por la complacencia (1). »

Habría aún otras razones que dar. En la familia el niño no tiene fácilmente opiniones; vive con personas superiores á él en experiencia, á quienes debe respetar y á quienes ama, además, demasiado para contrariarlas difiriendo de ellas en opiniones. En el colegio ó en la escuela vive entre sus iguales y tiene el derecho de hablar francamente. En la familia la enseñanza es generalmente demasiado mascada y el niño no necesita esfuerzo alguno para asimilársela. En el colegio necesita trabajar más por sí mismo y busca en su reflexión personal el medio de comprender las lecciones que se dan uniformemente á todos (2).

Educación personal. — No es, sin embargo, en la escuela donde se acaba la educación de la voluntad, sino en la sociedad, al contacto de las dificultades de la vida. Por eso Comenio reservaba á la Universidad, es decir, á la vida libre de estudiante, el cuidado de desarrollar la voluntad. La experiencia es la mejor escuela.

« En el colegio allanamos el camino ante los pasos del niño, y precisamente el obstáculo es la educación de la voluntad. Enseñamos, pero lo que mejor se sabe es lo que se descubre. Somos guías, ¿de quiénes? de los que deberán serlo de sí mismos. »

La oposición que existe entre el desarrollo de la voluntad personal y el régimen escolar, aun el más dul-

(1) Véase el cap. III del lib. VIII, *Considérations sur l'éducation publique et l'éducation privée.*

(2) Véase un artículo muy convincente de M. Faguet, *l'Éducation de la volonté dans l'enseignement public* (*Revue de l'enseignement secondaire*, première année, p. 498).

cificado y el más libre, desaparece el día en que el niño es entregado á sí mismo. Su actividad voluntaria encuentra entonces ocasiones de ejercitarse y de crecer, pero entonces es también cuando su voluntad corre los mayores peligros. En vano se le habrá enseñado á querer en el círculo estrecho de las acciones infantiles, porque está sujeto á olvidarlo en el vasto campo de las acciones de hombre.

« Como se ha hecho observar exactamente, la obra de la educación de la voluntad no termina jamás. Un niño que ha aprendido á leer no tiene que volver más sobre eso. Con la voluntad hay que estar siempre empezando (1). »

Dificultad de la educación de la voluntad. —

Con la ayuda de una voluntad ya formada se asegura el éxito de la educación intelectual y moral. Pero, ¿ con qué punto de apoyo podemos contar para la educación de la voluntad ? ¿ No hay que tener ya alguna para adquirir más ? ¿ Qué hacer con las naturalezas débiles que no la poseen ? ¿ Es posible darles lo que no tienen ?

« Se trata de educar la voluntad y se quiere que se eduque á sí misma, dice Gauthey, y que la debilidad produzca la fuerza y el mal engendre el bien (2). »

La Rochefoucauld dice en el mismo sentido : « La debilidad es el único defecto que no se puede corregir. »

Por fortuna, la naturaleza no nos ofrece con frecuencia este problema insoluble. Es raro, si alguna vez ocurre, que un niño esté desprovisto de todo germen de voluntad. Si no tiene bastante para corregir sus defectos, tendrá siempre la suficiente para adquirir ciertas virtudes, pues, según observa Bourdaloue « cuesta menos enriquecerse con mil virtudes que corregirse de un solo defecto ».

La buena voluntad. — De nada serviría formar la voluntad si no se le diera por compañero el amor al

(1) Rousselot, *Pédagogie*, p. 263.

(2) Gauthey, *De l'Éducation*, t. II, p. 266.

bien. La voluntad, por sí misma, puede, en efecto, ser un instrumento de virtud y de vicio. Los grandes criminales dan prueba de voluntad á su modo. Se puede querer el mal con la misma energía que el bien.

La buena voluntad es, pues, la que conviene ante todo educar. Kant dice en una página que nunca será bastante citada :

« De todo lo que es posible concebir en este mundo y hasta, en general, fuera de este mundo, no hay más que una cosa que se pueda tener por buena sin restricción, que es la buena voluntad. La inteligencia, el ingenio, el juicio y todos los talentos del espíritu, el valor, la resolución, la perseverancia, como cualidades del temperamento, son sin duda buenas cualidades y deseables en muchos conceptos; pero esos dones de la naturaleza pueden también ser sumamente malos y perniciosos cuando la voluntad que los pone en juego y que constituye lo que se llama el carácter, no es buena en sí misma.

« La buena voluntad no es buena por sus efectos, ni por sus resultados, ni por su aptitud para conseguir tal ó cual fin, sino solamente por sus propias facultades, y considerada en sí misma debe ser tenida como incomparablemente superior á todo lo que se puede ejecutar por ella en provecho de algunas inclinaciones ó de todas las inclinaciones juntas. Aun cuando la avaricia de una naturaleza madrastra privase á la buena voluntad de todos los medios de ejecutar sus designios; aunque todos sus esfuerzos no condujesen á nada y no quedase sino la buena voluntad sola, brillaría aún con su propio esplendor, como una piedra preciosa, pues tiene en sí misma todo lo que vale. »

Importancia de la voluntad en la vida. — La buena voluntad, la energía en el bien, es la única cosa que da á la vida su precio y su dignidad.

« Esa energía, dice M. Blackie, no se adquiere más que con el ejercicio. Si os figuráis hallar un gran servicio en los libros ó en las discusiones sabias, os engañáis. Los libros y los discursos pueden indicaros el bien y ser en vuestro viaje como el poste indicador que os impide extraviaros al salir, pero no puede haceros avanzar un paso. Ese viaje tienen que hacerlo solos vuestros pies. ¡ Desgraciados de vosotros si no tenéis vuestra brújula en vosotros mismos ! (1). »

(1) M. Blackie, obra citada, p. 87.

En otros términos; es preciso que el hombre encuentre en sí mismo su regla de conducta y las fuerzas necesarias para adaptarse á ella. La voluntad es el agente esencial de la virtud. No es sólo importante para la moralidad de la vida, sino también para la dicha y el éxito. Sin ella no se sabría triunfar de las dificultades ni plegarse á las circunstancias y en los negocios, grandes ó pequeños, hace siempre falta la voluntad, que es hasta un elemento del genio, que Buffon definía « una larga paciencia ». Los inventores, los bienhechores de la humanidad no han realizado su obra más que al precio de nobles esfuerzos y de una energía perseverante. Por último, en todos los grados de la escala social, la voluntad es el principio de la cualidad esencial del hombre : el carácter. El carácter, en efecto, no es tanto el conjunto de nuestras costumbres y de nuestros gustos, como la posesión de una voluntad firme, clara, justa y buena, capaz de hacer frente á los sucesos; y el carácter, así comprendido, es el ideal de la educación moral.

LECCIÓN XII

LOS SENTIMIENTOS SUPERIORES. — LA EDUCACIÓN ESTÉTICA. — LA EDUCACIÓN RELIGIOSA.

Los sentimientos superiores. — El amor de la verdad. — La veracidad. — La investigación de la verdad. — El amor de lo bello. — Educación estética. — La educación estética de los antiguos. — Las artes y la moral. — Las artes como fuente de placer. — Testimonio de Stuart Mill. — Las artes en la escuela primaria. — Cultivo del amor de la belleza. — Medios indirectos. — Ejercicios especiales. — Cultivo del gusto. — El arte moralizador. — Excesos que hay que evitar. — El sentimiento religioso. — La educación religiosa en la escuela primaria. — La religión y la moral.

Los sentimientos superiores. — La educación moral no sería completa si se propusiese tan sólo cultivar los sentimientos afectuosos y benévolos, el desarrollo de la conciencia y el progreso de la voluntad y de la energía moral. Debe tener también en cuenta el cultivo de los sentimientos superiores que proceden igualmente de la inteligencia y de la sensibilidad y en los que están comprendidos los conceptos más altos de la razón y las emociones más nobles del corazón. Esos sentimientos son el amor á la verdad, el gusto de la belleza, el amor al bien, del que ya hemos hablado (1), y el sentimiento religioso.

El amor de la verdad. — En su más humilde forma el amor de la verdad es el horror de la mentira; en su forma más elevada, es la investigación de la verdad, ó sea el instinto científico.

(1) Véase la lección X.